

El nombre del guerrero

Israel Agher



El
nombre
del
guerrero

ISRAEL
AGHER

Capítulo 1

En la tribu de Gerb el nombre de un guerrero era su mayor posesión. Una posesión que pasaba de padres a hijos, que encerraba el honor del clan, que nunca se decía en vano y que solo en muy contadas ocasiones se daba. El nombre de un guerrero era una posesión tan valiosa que éste se la llevaba cuando partía de este mundo. No estaba permitido grabarlo más que en una sola ocasión y un único lugar: una piedra sobre su tumba.

Gerb, hijo de Gerbert del clan de los Svenson, había corrido toda la noche tras fugarse de la cabaña donde custodiaban a todos los que aún no tenían edad de pelear. El ansía por combatir de los niños del aldea podía llegar a convertirles en un estorbo durante los combates: Los guerreros ya estaban demasiado ocupados en matar o morir.

Llegó al desfiladero con las luces del alba. Desde allí pudo ver los primeros cuerpos, justo donde la nieve se remansa sobre el glaciar. Decían los viejos que las montañas nacen donde muere su sombra y justo en aquel lugar, apenas intuidas a la luz mortecina de un tímido amanecer de ventisca, empezaban las filas desordenadas de la devastación.

Gerb bajó a toda prisa por la blanca ladera, tropezando con los arbustos y rodando a veces por la nieve. En su caída alcanzó a ver extrañas figuras se movían aquí y allá entre los despojos. Algunos, como él, en pos de un rostro conocido. Otros, los más, rebuscando entre los despojos esos pequeños tesoros que la marea de la batalla deja en su resaca.

Tuvo que gritar y agitar los brazos para ahuyentar de su alrededor a las aves de rapiña que, con las primeras luces, acudían en manada a saciarse en aquel festín de carroña. Se alejó cuanto pudo de esos humanos voraces y desaprensivos, mal dispuestos a compartir su botín con un insignificante mocoso. Pero Gerb no se arredró, ni le amilanó enfrentarse cara a cara con todos aquellos rostros traspasados por el dolor, caras desfiguradas en las que la noche había congelado el rictus de centenares de agonías.

Largo rato anduvo buscando angustiado entre los muertos, igualados a tal punto por la parca que era imposible ya distinguir amigos de enemigos, héroes de cobardes o justos de perversos. Las armas que arruinaron sus cuerpos yacían a veces junto a ellos, algunas hendiendo aún la carne, otras tan inermes como quienes quisieron matar o morir con ellas.

El dolor calaba sus huesos aún más que el frío, ese viejo compañero de la gente del Norte. Ajeno al cansancio, siguió recorriendo el valle mientras sus botas de piel se hundían en la tundra buscando reconocer el escudo, el tupido manto de piel, el casco o las botas, aquellas gruesas botas de piel de foca con las que solo unas horas antes, temeroso y solemne, había

asumido el deber de la esposa del guerrero a la que nunca conoció, calzando a su padre.

Empujado por el recuerdo de esa imagen, Gerb buscó a su padre en cada cuerpo tendido sobre la nieve, ahora poco más que pasto de los buitres. Había lugares en que los cuerpos estaban tan amontonados que era complicado distinguirlos, pero Gerb no podía pasar por alto ninguno. Cualquiera de aquellos caídos podía ser su padre. Venciendo cualquier escrúpulo se obligó a moverlos, a levantar yelmos y alzar mantos corroídos de sangre seca sin pensar en el horror que pudiera encontrarse detrás. Estando en tan funestos afanes algo se enganchó en sus ropas, justo al agacharse a mirar un escudo. Tiró de ellas para zafarse y entonces sintió como una fuerza lo arrastraba hacia atrás.

-Agua. ¡Favor!

¡Aquel hombre estaba vivo! Aprisionado bajo otros cuerpos, apenas asomaba de él su rostro y el brazo con el que había podido agarrar su casaca. Su voz, poco más que un gemido, suplicaba ayuda.

Gerb movió uno por uno aquellos cuerpos para tratar de liberarlo, hasta que al fin pudo sacarlo de allí y dejarlo tendido sobre la nieve. El hombre estaba helado y agotado. Su cuerpo, plagado de heridas, yacía tembloroso e inerte, apenas una sombra del guerrero que se había batido solo unas horas antes. Gerb vio como aferraba un puñado de nieve y, antes de que se la llevara a sus labios, le dio a beber agua de su pequeña cantimplora.

-Gracias, hijo.

Las heridas eran profundas pero no mortales. Gerb las frotó con nieve para lavarlas y después abrió sus ropas en busca de otras que pudiera tener. Una de sus piernas reposaba en una postura imposible, delatando un hueso quebrado. Tenía varios cortes en los brazos y una herida profunda en el costado. El hombre estaba destrozado, pero vivo.

Gerb vio cómo temblaba y trató de resguardarlo del frío. Reunió algunas pieles cuyos dueños ya no iban a reclamar y fue a taparlo con ellas. Sus armas ya no iban a servirle de nada: Le quitó las correas y le desató el peto. Pero cuando fue a quitarle el puñal el hombre lo aferró en su mano por un instante. Tras sostener la mirada del niño que tenía frente a él, la tensión de sus músculos cedió y lo dejó caer a un lado.

Lo que Gerb creía un puñal era en realidad una espada rota. Se había quebrado a medio palmo de su empuñadura; la hoja le llamó mucho la atención: estaba tallada con un raro dibujo de líneas entrelazadas entre las que sobresalían unas flores pequeñas. Aquel noble acero viejo y hermoso, tal vez testigo de mil batallas, había sucumbido junto al último hombre que lo había empuñado. Una vez arropado, el guerrero, agotado

por el esfuerzo y debilitado por la sangre perdida, cerró los ojos y se quedó dormido.

Gerb no pudo darle señas de su padre ni preguntarle si lo había visto en la batalla. Pero contemplar a aquel hombre que había sobrevivido más allá de toda ventura reavivó sus perdidas esperanzas. Tenía que seguir buscando. El guerrero dormido no iba a necesitarle por el momento. Volvería más tarde para ver que podía hacer por él. Hincó en el suelo un sucio estandarte para poder encontrarle desde la lejanía y se perdió de nuevo entre los restos de la batalla.

La mañana fue larga, fría y estéril. Pasó largas horas mirando cada rostro, cada despojo, cada rastro sobre el suelo helado. Su padre era un hombre alto y corpulento, uno de los más fuertes de la aldea. Un hombre valeroso que con seguridad habría vendido cara su piel. Gerb buscaba con mayor atención allí donde los cuerpos se amontonaban, pues sabía que se habrían necesitado muchas manos para derribarle, y que muchas de esas manos habrían caído en el intento.

De vez en cuando alzaba su cabeza y miraba al estandarte en la distancia. Velaba por aquel guerrero que le había arrancado a la muerte. De alguna forma se sentía responsable de aquella vida desconocida. Temía que cualquiera de aquellos carroñeros sin escrúpulos pudieran rematarlo para poder arrancarle los anillos o buscar entre sus ropajes algo de quincalla.

Cercano ya el mediodía un ruido distrajo su atención. Gritos y amenazas que provenían de una de tantas disputas entre aquellos miserables, pero algo le hizo seguir contemplando la escena esta vez. La espada por la que peleaban le resultó familiar. Se acercó con sigilo. Uno de los sujetos la esgrimió para amenazar al que quería robársela y entonces pudo verla con claridad. No cabía duda alguna. No había en todo el Norte otra empuñadura como aquella, tan grande que pocas manos podrían asirla desde la cruz hasta el pomo. Conocía bien esa espada, herencia de su clan. Desde que tenía uso de razón la había podido admirarla, colgada sobre la chimenea, dentro de su guarda de piel.

La pugna dió a su fin con mucho alboroto y un poco de sangre. Cuando el otro hombrecillo desistió de hacerse con la espada, ella Gerb se acercó al hombre que la llevaba.

-Decidme donde habéis encontrado esa espada. ¿Dónde?

-¡Apártate, arrapiezo! ¡Es mía!

-Solo busco al hombre que la llevaba. ¿Dónde la has encontrado?

El rufián, seguro ya de su posesión, pensó que aquel mocoso seguramente quería apropiarse de cualquier otro objeto de valor que aún portara el

dueño de tan magnífica espada.

-¡Lárgate de aquí si no quieres que te atraviese!

Gerb retrocedió unos pasos para apartarse de la punta de la espada. Cayó de espaldas al suelo. Su mano sintió el contacto de algo duro y, como un acto reflejo, Gerb cogió la piedra e hizo ademán de lanzársela. El carroñero le miró, soltó una siniestra carcajada, dejó caer un pie sobre su pecho y puso la punta de la espada en la garganta.

Tal vez esté en la naturaleza de los seres depravados sentir afinidad por alguien cuando creen que actúa de forma artera. Tal vez fuera únicamente un perdido resquicio de compasión en un alma atormentada. Años más tarde Gerb llegaría a pensar que aquella espada fiel se negó a derramar la sangre de su propia estirpe. Nunca lo sabría. Tan solo volvería a recordar una y mil veces como aquel hombre le miró, señaló con la mano unos cadáveres que estaban a algunos pasos de distancia y, cuando él se volvió a mirar, aprovechó la distracción para marcarle con un tajo en la cara. Satisfecho con aquella demostración de poder, el hombre levantó el pie y le dejó marchar.

Gerb se levantó de un salto y corrió hacia el lugar que le había indicado. No tanto para huir, sino para cerciorarse de que aquel bribón le había engañando, que su padre no estaba en realidad entre aquellos cuerpos. Pues, de ser así, Gerb se había jurado volver sobre sus pasos, romperle la crisma de una pedrada y recuperar aquel acero.

Al llegar al lugar vio un cuerpo atrapado bajo una montaña de enemigos, un hombre enorme derribado como un gigantesco abedul que hubiera caído ante el hacha. Largos cabellos cubrían su rostro, pero Gerb no necesitaba retirarlos para saber que se trataba de Gerbert, del clan de los Svenson. Su padre.

Gerb contuvo las lágrimas mientras le quitaba de encima aquellos cuerpos para liberarlo. Las contuvo también mientras limpiaba su rostro y besaba su frente, mientras le despojaba de sus ropas para poder lavar sus heridas y mientras preparaba su cadáver con ternura infinita para darle entierro allí donde había caído, en la tundra, donde los veranos no podrían rozar su carne y los inviernos añadirían un manto blanco a su sepultura.

Comprobó con una mezcla de horror y admiración que su padre tenía heridas y profundos cortes por todo su cuerpo, pero al moverlo supo que la herida mortal le había llegado por la espalda. Solo una estocada a traición había podido acabar con el gran guerrero, pero era tal la bravura de su estirpe que, al sentir la mortal herida, seguramente se habría revuelto para verle el rostro al traidor con tal rabia y energía que ni el más noble de los aceros habría podido resistir su empuje. La punta de la espada seguía allí. Gerb la extrajo con cuidado y entonces, sin poder

impedirlo, arroyos de sal comenzaron a rodar por su rostro.

Gerb conocía muy bien el dibujo de aquella hoja quebrada: Hacía solo unas horas que se había quedado admirado al contemplarlo. Levantó la cabeza y miró al estandarte. El hombre al que había salvado la vida seguía allí, tumbado e indefenso. El hombre que había matado a su padre.

Movido por un impulso, Gerb cubrió a su padre y se lanzó a toda prisa contra la ventisca. La rabia dominaba su espíritu. La hoja quebrada que aferraba en su mano dejó caer un hilo de sangre. Sus ojos, clavados en el lejano estandarte, tropezaron de golpe con el rufián que había robado la espada de su padre, la espada de su clan, su espada.

Gerb llegó a él raudo, como el viento. El hombre no tuvo tiempo de reaccionar. Animado por una fuerza que antes nunca había conocido, Gerb se agachó para esquivar un torpe manotazo a la vez que hundía el trozo de espada en el interior del muslo de aquel bastardo, allí donde su padre le había enseñado que una herida profunda provoca un torrente de sangre que es imposible detener. El hombre comenzó a dar aullidos de dolor y soltó el botín que cargaba para tratar de contener la hemorragia con sus manos.

Gerb recogió su espada del suelo. Siguió corriendo hacia el estandarte sin volverse siquiera. Sabía que no le seguía nadie.

Cuando el guerrero despertó lo primero que vieron sus ojos fue al niño que le había salvado, sentado en el suelo frente a él, con las piernas cruzadas y una enorme espada sobre su regazo.

-Vaya, hijo. Veo que... has encontrado... un buen...

Una tos ronca y siniestra interrumpió sus palabras. Gerb le miró, se puso en pie y le contestó, mientras trataba de aferrar la empuñadura con sus pequeñas manos.

-Dame tu nombre.

La ventisca no cesó hasta bien entrada la noche. Gerb, hijo de Gerbert y último del clan de los Svenson, cayó agotado junto a la ladera, allí donde muere la sombra de la montaña. El que años más tarde mandaría ejércitos y doblegaría voluntades como espigas al viento, había dado fin a la batalla del valle de la tundra grabando sobre piedra los nombres de dos guerreros.